

CRISIS CONTEMPORANEA Y PERDIDA DEL SENTIDO DEL PECADO

(Reflexiones a partir de la Encíclica
"Redemptor Hominis")

ANTONIO ARANDA

La reciente Encíclica de Juan Pablo II¹, dada al comienzo de su ministerio pontifical, en una hora solemne para la vida de la Iglesia y de la entera familia humana², constituye un obligado centro de interés para toda la Iglesia contemporánea tanto por las enseñanzas que contiene como por el horizonte que descubre, pleno de graves cuestiones que están pidiendo un análisis detenido y profundo, pero, sobre todo, unas soluciones coherentes con el sentido cristiano de la vida y del hombre. Entre tales cuestiones —y, en cierta manera, como síntesis de todas ellas— destaca la evidente disyunción entre progreso social y progreso moral, signo prototípico de una época espiritualmente perezosa que tiende a convertir en norma y en dogma las soluciones menores e incluso erradas. ¿Qué respuesta y qué caminos deben ofrecer el pensamiento y la praxis cristianos a este mundo que ha hecho costumbre de la perplejidad, y del temor modo angustioso de vida?

Analicemos el problema, siguiendo las palabras de Juan Pablo II:

“El progreso de la técnica y el desarrollo de la civilización de nuestro tiempo, que está marcado por el dominio de la técnica, exigen un desarrollo proporcional de la moral y de

1. Encíclica *Redemptor Hominis*, 4 de marzo de 1979.

2. RH, n. 1.

la ética. Sin embargo, este último parece, por desgracia, haberse quedado atrás. Por eso, este progreso (...) no puede menos que engendrar múltiples inquietudes. La primera inquietud se refiere a la cuestión esencial y fundamental: este progreso, cuyo autor y fautor es el hombre, ¿hace la vida del hombre sobre la tierra, en todos sus aspectos, más humana? ¿La hace más digna del hombre?"³.

Esta es la pregunta, afirma a continuación el Pontífice, que deben hacerse los cristianos y todos los hombres. Si debemos hacérsela es, indudablemente, porque contiene un reto y un desafío importantes para todo aquel que aspira a seguir en su vida el camino del Evangelio o, al menos, las exigencias que postula la recta razón. Las preguntas del Papa son constantes:

"Todas las conquistas hasta ahora logradas y las proyectadas por la técnica para el futuro, ¿van de acuerdo con el progreso moral y espiritual del hombre? En este contexto, el hombre en cuanto hombre, ¿se desarrolla y progresa o, por el contrario, retrocede y se degrada en su humanidad? ¿Prevalece entre los hombres, en el mundo del hombre, que es en sí mismo un mundo de bien y de mal moral, el bien sobre el mal?..."⁴.

Interrogantes esenciales son éstos, dirá la Encíclica, que la Iglesia no puede menos de plantearse, puesto que "la solicitud por el hombre (...) es el elemento esencial de su misión".

No todo, sin embargo, son interrogantes. También hace el Pontífice afirmaciones y da respuestas precisas a las preguntas planteadas:

"La situación del hombre en el mundo contemporáneo parece distante tanto de las exigencias objetivas del orden moral, como de las exigencias de la justicia o, aún más, del amor social"⁵.

"Si nos atrevemos a definir la situación del hombre en el mundo contemporáneo como distante de las exigencias objetivas del orden moral, distante de las exigencias de la justicia, y más aún del amor social, es porque esto está

3. RH, n. 15.

4. *Ibid.*

5. RH, n. 16.

confirmado por hechos bien conocidos y confrontaciones que más de una vez han hallado eco en las páginas de las formulaciones pontificias, conciliares y sinodales”⁶.

Un hecho de esta naturaleza, que la *Redemptor Hominis* recuerda en conexión con los grandes documentos sociales de la Iglesia, y sobre el que ha insistido el propio Juan Pablo II en algunos de sus discursos, es el escándalo de una sociedad opulenta y consumista que existe en nuestros días al lado de amplios estratos caracterizados por la penuria y el hambre; consumismo de importantes sectores de tradición cristiana, que no está controlado ni sometido a las leyes de la moral, que constituye un abuso de la propia libertad y un inaceptable límite a la libertad de los más necesitados. Junto a este hecho sintomático del desorden moral que el Papa advierte y denuncia, hay otros íntimamente conectados como son, por ejemplo: la dilapidación acelerada de los recursos materiales y energéticos, la fiebre de la inflación, la plaga del paro, etc., fuentes todos ellos de gravosas consecuencias. Hechos y síntomas que cuestionan no sólo los principios y las estructuras económicas del momento, sino también la misma civilización actual que se muestra carente de recursos morales, incapaz de soluciones concordes con la auténtica dignidad del hombre.

Esta situación moral, que el Pontífice analiza más en sus síntomas que en sus raíces, pide cambios, “innovaciones audaces y creadoras”, pero no exclusivamente al nivel de la ciencia económica o de la política, puesto que:

“No se avanza en este camino difícil de las indispensables transformaciones de las estructuras de la vida económica, si no se realiza una verdadera conversión de las mentalidades y de los corazones...

En la base de este gigantesco campo hay que establecer, aceptar y profundizar el sentido de la responsabilidad moral que debe asumir el hombre”⁷.

Esta breve selección de textos e ideas de la Encíclica, pone de manifiesto algunas de las inquietudes del Papa y de la Iglesia, ante la situación histórica en que vive la Humanidad al final del segundo milenio, y permite volver a plantear algo esencial del men-

6. *Ibid.*

7. *Ibid.*

saje cristiano: el hombre redimido por Cristo no recibe ni se beneficia de los frutos de la Redención, ni tiene capacidad de introducirlos en su vida social, mientras perdure en su vida personal el obstáculo primordial que es el pecado. Una vez más advierte la Iglesia al mundo de que los males de la sociedad se originan no en algo externo y circunstancial del hombre, sino en su propio corazón que rechaza a Dios. Mientras las conciencias sigan postradas por el pecado, y las almas desordenadas de raíz, la injusticia del hombre seguirá redundando en la postración moral del mundo.

En los síntomas antes señalados se descubre tanto más claramente su causa fundamental cuanto mejor se comprenden las soluciones que establece la Encíclica: “una verdadera conversión de las mentalidades y de los corazones”, “profundizar en el sentido de la responsabilidad moral que debe asumir el hombre”. En ambas frases se está aludiendo al pecado, al hablar de la conversión, y al sentido del pecado, al mencionar el sentido de la responsabilidad moral del hombre.

¿No cabe afirmar, por tanto, con renovada convicción, que en la raíz de la crisis contemporánea ocupa lugar de excepción la pérdida del sentido del pecado? ¿Es o no cierto que el pensamiento cristiano se encuentra ante un desafío tan antiguo como nuevo —actual, presente— que debe ser fuente de reflexión? A la teología se le están ofreciendo hoy, por enésima vez en la historia, unas perspectivas de sumo interés: se le está pidiendo un esfuerzo consciente para revitalizar en la Iglesia y en el mundo el sentido radical del pecado como ofensa a Dios. Lo cual —y no es obvio recordarlo— de ninguna manera excluye otros aspectos del pecado, sino que más bien los fundamenta y les da carta de naturaleza, es decir, permite hablar de ellos con propiedad y sin ingenuas simplificaciones.

Desde este punto de vista se adivina, como decimos, un campo de trabajo teológico de excepcional interés, y no menor extensión, centrado en las relaciones entre Dios y el hombre. Señalamos a continuación, esquemáticamente y por vía de ejemplo, algunas de sus facetas.

a) *La teología actual debe seguir reflexionando sobre la realidad, naturaleza y consecuencias del pecado original, y facilitar una intensa catequesis sobre estas cuestiones.*

Sólo desde ahí, partiendo de la situación histórica de pecado para buscar una mayor intelección de sus características y con-

secuencias, se pueden entender rectamente los problemas del hombre y de la sociedad. En nuestras coordenadas culturales, como en las de todos los tiempos, hay líneas de fuerza muy dominantes que plantean intensamente la tentación original, aquel "seréis como dioses, conocedores del bien y del mal". Líneas de fuerza que conectan con movimientos precristianos y que hacen de la transgresión el ideal de vida, que oscurecen la existencia del mal escapándose de él a través de una creciente desmoralización y reduciéndolo a un problema personal de conciencia... Todo ello conduce, como en tiempos pasados, a aberraciones de todo tipo.

El análisis cristiano del mundo exige, en nuestra época, huir de toda ambigüedad en lo que se refiere a la situación histórica del género humano —de cada hombre—, herido por el pecado original y redimido por Cristo. La teología, cuya misión es servir a la verdad revelada, profundizar en ella y enseñarla en estrecha unión con el Magisterio⁸, ha de conseguir exponer con rigor la fe recibida y expresarla evitando simplificaciones, buscar su conexión con los datos de la ciencia sin caer en el cientifismo, mostrar racionalmente su contenido —hasta donde sea posible— sin racionalizarla.

La doctrina cristiana sobre el pecado original y sus consecuencias, misterio tantas veces olvidado o malinterpretado en la historia, admite constantes intentos de penetración pero no se concilia con explicaciones reduccionistas que llegan a poner en tela de juicio la realidad misma del hombre histórico y de la Redención. Cualquier reflexión sobre la responsabilidad moral del hombre debe partir del hecho del pecado y de la fe en ese hecho, y desde ahí realizar una labor de análisis y discernimiento que no contradiga la fe que confiesa la Iglesia:

"Creemos que todos pecaron en Adán, lo que significa que la culpa cometida por él hizo que la naturaleza, común a todos los hombres, cayera en un estado tal, en el que padeciese las consecuencias de aquella culpa (...). Así pues, esta naturaleza humana caída de esta manera, destituida del don de la gracia del que antes estaba adornada, herida en sus mismas fuerzas naturales y sometida al imperio de la muerte, es dada a todos los hombres; por tanto, en este sentido, todo hombre nace en pecado. Mantenemos pues, siguiendo al Concilio de Trento, que el pecado original se

8. RH, n. 19.

transmite, juntamente con la naturaleza humana, por propagación, no por imitación, y que se halla como propio en cada uno”⁹.

Alrededor de la doctrina sobre el pecado original, encuentra la teología otros campos de trabajo en los que no debe dimitir de su misión al servicio de la verdad de fe y de la razón: las nociones de *naturaleza* y *persona*, la consideración de la historia como *historia universal*, que se fundamenta a su vez en la concepción de la *unidad del género humano*, la influencia del pecado original en las *culturas* que incide negativamente en la *evangelización*, puesto que no todo puede ser asumido y plenificado por el espíritu cristiano, ...etc.

Sólo desde un planteamiento conforme con la real condición humana histórica pueden ser enfocados cristianamente los interrogantes esenciales a los que alude la *Redemptor Hominis* y que antes mencionábamos. El propio Pontífice señala el ámbito de los problemas, lo que él llama el contexto “del hombre en cuanto hombre”: ahí está dándose la ruptura entre progreso moral y desarrollo social; ahí están también las raíces del conflicto; desde ahí se ha de partir en busca de las soluciones. Y ese contexto es la realidad de que el hombre es un ser que nace en pecado, vive en un mundo en el que el bien y el mal están en constante confrontación, se aleja de Dios por los pecados personales, y ha perdido —como sucede en gran medida entre nuestros contemporáneos— el sentido de su enemistad con Dios.

Poner todo esto de manifiesto, y hacer valorar a la Humanidad actual el profundo sentido sobrenatural y humano de la Redención, es una gran tarea para la teología del presente.

b) *La recuperación del sentido del pecado como ofensa a Dios, como algo infrahumano también que rebaja al hombre de su dignidad, exige una nueva valoración teológica de la amistad con Dios en Jesucristo.*

En su esfuerzo por revitalizar en la Iglesia el sentido del pecado —y darlo desde la Iglesia al mundo—, el pensamiento cristiano debe valorar la importancia de una idea repetida por Juan Pablo II: “todos los caminos de la Iglesia conducen al hombre, porque Cristo —que es el camino principal— se ha unido a todo hombre”¹⁰. Sobre esta unión real de cada hombre concreto con el

9. PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, AAS 60 (1968) pp. 433-445, n. 16.

10. Cfr. RH, nn. 13-14.

Redentor ha de meditar la teología, para enunciarla con rigor y audacia, para centrarla en su contenido divino y humano a la vez, dado que Dios verdadero y Hombre verdadero es el único Jesucristo.

El sentido del pecado requiere, como decimos, valorar la unión de amistad entre cada hombre y Jesucristo. Y ello pide previamente pensar con profundidad en la verdadera Humanidad del Verbo Encarnado, Hombre por excelencia, en el que todo lo propio del hombre alcanza su plenitud y se convierte en camino de encuentro con Dios.

La actitud humana más rica, la más conforme con su naturaleza racional, es la amistad, en la que culmina la mutua donación y comunicación personal, la relación más satisfactoria entre dos seres únicos e irrepetibles que comparten su intimidad. Actitud asumida por Cristo y puesta por El en la base de su acción redentora. La Cruz es el vértice de un Amor hacia todo hombre, que se manifiesta también a través de muchos otros medios y de palabras. Cristo da la vida por sus amigos, mostrando el mayor amor¹¹, y llama así a sus discípulos. Esa amistad tiene, en palabras del Evangelio de San Juan, dos grandes características: "Sois mis amigos si hacéis lo que Yo os mando"¹², "Os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer"¹³.

Desde esta perspectiva se puede ilustrar aquella "unión de Cristo con todo hombre" a la que antes se hacía referencia. Es propiamente una unión de amistad, elevada por la propia plenitud de Jesucristo al ámbito de la Redención: en esa amistad, que se funda en el conocimiento, en la fe y en la obediencia, está la salvación de cada cual. Si se valora la amistad con Dios en Jesucristo, podrá revitalizarse, como decimos, el sentido del pecado, el sentido de la enemistad con Dios, el rechazo de un amor de amistad ofrecido desde la Cruz y cuyo contenido está en la aceptación de la fe ("lo que os he dado a conocer") y en vivir los mandamientos ("lo que yo os mando").

La teología ha producido páginas admirables sobre el amor de Dios y sobre la amistad (baste con recordar, como de paso, los abundantes textos de Sto. Tomás en la *S. Th.* I-II y II-II), y no lo son menos los análisis realizados sobre el hombre desde determinadas ciencias del espíritu. Poner todo esto al servicio de una mayor comprensión del misterio de la Cruz, del Amor de Cristo,

11. Cfr. Io 15, 13.

12. Io 15, 14.

13. Io 15, 15.

Dios y Hombre, por cada hombre, e iluminar así para nuestros contemporáneos el sentido del pecado, es otra gran tarea teológica del tiempo actual.

c) *La doctrina eclesiológica debe ser enriquecida con la reflexión sobre la "Iglesia de la Eucaristía y de la Penitencia" que menciona Juan Pablo II. También desde este ángulo se ilumina el sentido del pecado.*

"En la Iglesia, que especialmente en nuestro tiempo se reúne en torno a la Eucaristía, y desea que la auténtica comunión eucarística sea signo de la unidad de todos los cristianos (...) debe ser viva la necesidad de la Penitencia, tanto en su aspecto sacramental como en lo referente a la Penitencia como virtud. (...) La Iglesia del Nuevo Adviento, la Iglesia que se prepara continuamente a la nueva venida del Señor, debe ser la Iglesia de la Eucaristía y de la Penitencia"¹⁴.

Si las circunstancias en las que se desarrolla la vida del hombre contemporáneo inciden muy negativamente en su progreso moral, si es hoy tan necesaria una transformación a través de una "verdadera conversión de las mentalidades y de los corazones", si esto, en fin, es misión principal de la Iglesia y de los cristianos, fácil es comprender que el Pontífice ponga el acento en una Iglesia centrada en la Eucaristía y en la Penitencia: en la gracia y en la conversión personal.

Estas afirmaciones podrían ser entendidas de manera deficiente, e incluso trivializadas, si se concibieran como vías de solución ascética a los problemas de nuestra época. No es infrecuente hoy ver que la vida personal de piedad es injustamente calificada de "espiritualismo" o de "individualismo espiritualista". Nada más contrario a una realidad como ésta, derivada de una profunda visión teológica de la gracia y de la Redención, de la vocación cristiana y de la Iglesia que están insertadas sobrenaturalmente en una historia humana cuyo destino está más allá de sí misma. Una "Iglesia de la Eucaristía y de la Penitencia", es una Iglesia de Cristo asentada en lo más específicamente cristiano, enraizada en la gracia santificante, don divino que cualifica a los discípulos-amigos del Redentor. No es aventurado sino muy verdadero describir al cristiano como "un ser humano llamado a vivir en gra-

14. RH, n. 20.

cia", pues aunque quepan otros muchos matices sólo está en la gracia la "diferencia específica sobrenatural" que le distingue.

Con la gracia sacramental y, por ello, de modo eminente en la Eucaristía, encuentra el hombre cristiano la plenitud de un modo de ser y de vivir —un sentido global— que hace de su alma, en la que se une con Dios y con los demás por la caridad, el lugar donde la utopía se convierte en realidad. En la Eucaristía se construye la Iglesia, en ella se une cada hombre a Cristo y en Cristo a los otros, hasta el punto de poder afirmar que: "la Iglesia vive de la Eucaristía, vive de la plenitud de este sacramento"¹⁵, sabiendo que, al afirmarlo, se está enunciando un misterio de fe y que es mucho más lo que no sabemos decir: "esta enseñanza queda casi sobre el umbral, siendo incapaz de alcanzar y de traducir en palabras lo que es la Eucaristía en toda su plenitud, lo que expresa y lo que en ella se realiza"¹⁶.

Recuerda también la Encíclica que hay una estrecha unión entre Eucaristía y Penitencia. El Sacramento del Amor de Dios exige el Sacramento del Dolor; la unión real y física del cristiano con su Señor en la Eucaristía, requiere la conversión del corazón, el reconocimiento de la culpa y el deseo del perdón:

"La Eucaristía y la Penitencia toman así, en cierto modo, una dimensión doble, y al mismo tiempo íntimamente relacionada, de la auténtica vida según el espíritu del Evangelio, vida verdaderamente cristiana (...) Sin el constante y siempre renovado esfuerzo por la conversión, la participación en la Eucaristía estaría privada de su plena eficacia redentora"¹⁷.

La Penitencia, Sacramento y virtud, es, entre otras consideraciones, un impresionante medio de santidad en la Iglesia que sólo Dios —que conoce infinitamente las necesidades del corazón del hombre— podía instituir, para prolongar hasta el final de los tiempos la eficacia redentora de Jesucristo. En ella se realiza un encuentro personalísimo con Dios: "momento clave de la vida del alma", le llama Juan Pablo II, por ser el "momento de la conversión y del perdón".

Una Iglesia de la Eucaristía y de la Penitencia es una realidad sobrenatural y humana de Amor y Conversión, cuya influencia en

15. *Ibid.*

16. *Ibid.*

17. *Ibid.*

las distintas "esferas de la existencia humana" sería cada vez más intensa y creciente. Es una Iglesia santa y santificadora, capaz de vivificar —con el Espíritu Santo y santificador que la anima a través de los sacramentos— a un mundo postrado y triste que se le ha dado como heredad. La teología debe aplicarse, en su medida, a la tarea de realizar esta Iglesia, con la convicción de estar ayudando muy positivamente a construir el futuro histórico y escatológico de todo el género humano.